

## APÉNDICE I

## LO SOBRENATURAL COMO REGLA DEL PENSAMIENTO CRISTIANO

1. **Los tres medios para lograr que salga la Iglesia del rebajamiento y de la opresión.**—En su *Historia de la literatura española en la Edad Media*, <sup>(1)</sup> Luís Claro cita un romance conmovedor, del cual véase el asunto. El papa hállase en la terraza de su palacio. Triste y afligido, contempla á sus pies la tiara que cayó de su cabeza. Cubierto está de polvo y de sudor, como el sumo sacerdote en el día de sacrificio. Sus miradas penetran en la ciudad, que á lo lejos se extiende. La reina del mundo descendió al nivel de una ciudad vulgar. La esclavitud ó la muerte son la suerte de quien quiera permanecer fiel á la Iglesia. Los cardenales y los obispos hállanse aherrojados, las reliquias de los santos esparcidas andan sobre la arena, las iglesias en manos del pillaje. Las siete colinas repiten los gemidos de las matronas. Sus hijos y sus hijas vendidos como esclavos. No se ve cónsul ni senador. No aparece ningún Horacio; los romanos más bien son Coriolanos. Nada de terrestre socorro, ni perspectiva alguna de verlo llegar, ni de las alturas del Lacio, ni de los llanos de la Campania, ni del desierto mar. Nada más que enemigos y opresores, que llenan las calles todas. El único punto á donde todavía se pueda mirar, es el cielo. ¡Ay! Cerrado está. Mas puede abrirse. Pues cuanto más abandonados de la tierra, más nos empuja la necesidad á buscar por ese lado la salvación y la libertad.

Ese romance, descripción poética de pasados acontecimientos, ¿no podría también aplicarse á nuestra situación

(1) Clarus, *Span. Literatur im Mittelalter*, 1, 176.

actual? Parécenos, efectivamente, que no tenemos razón para andar repitiendo incesantemente, ante los males y sufrimientos de nuestra época, que nunca las cosas anduvieron tan mal.

La Iglesia de Dios vió ya numerosos días sombríos, y difícil es decir cuáles fueron para ella los más duros. Pues bien, siempre, en horas tales, es cuando mostró ella su verdadero espíritu. No se salvó mediante el socorro de humano poder, sino tomando fuerzas de lo alto, y renovándose interiormente. Así, no solamente rompió los obstáculos que la rodeaban, sino que más que nunca tuvo conciencia de la fuerza divina que en ella habita. En esos tiempos de aflicción y de tristeza, su salvación estuvo siempre en la oración: «He levantado los ojos hacia los montes santos de donde podrá llegarme el socorro. Este socorro me llegará del Señor que hizo el cielo y la tierra». <sup>(1)</sup> Jamás la debilitó el poder del mundo; siempre, por el contrario, lo que la debilitó, fué la entrada de su espíritu en su seno. Tan luego consigue alejar de sus miembros la inclinación judaica hacia los ídolos de este mundo, y llenarlos con su propio espíritu, el espíritu de los hijos de Dios, su triunfo es completo. Tal triunfo raras veces es una victoria exterior, mas, por el contrario, resulta una victoria espiritual tanto más gloriosa. Recuérdese tan sólo la Contrareforma en el siglo XVI.

En la historia de la Iglesia, vemos siempre un período de abajamiento y de opresión seguido de una época de renacimiento y del más grande esplendor. Pues bien, el medio á favor del cual se ha obrado esa transformación fué siempre triple: volver á lo interior, á la penitencia y á la oración, un esfuerzo para llegar á la verdadera santidad, y una elevación hacia la vida sobrenatural.

2. **¿Cómo los empleamos en las presentes necesidades?**—Los tiempos que atravesamos son para el pueblo cristiano tiempos de prueba. «¿En qué consiste, ¡oh Israel!, que al presente os halláis en el país de vuestros ene-

(1) Psalm., CXX, 1, 2.



migos, qué envejecáis en tierra extraña, y que os manchéis al contacto de los muertos?»

He aquí la respuesta: «Porque habéis abandonado la fuente de la sabiduría. Pues si hubierais caminado por las sendas del Señor, habríais seguramente permanecido en eterna paz. Aprended, pues, ahora en donde se halla la prudencia, en donde la fuerza, en donde la inteligencia». <sup>(1)</sup>

Tomar bien á pechos esa exhortación del santo profeta, es lo más conforme que puede haber con estos tiempos. Contiene tan bien el conocimiento de la verdadera causa de nuestra miseria, que nos muestra el único camino posible de salvación. ¿Pero vamos por ese camino? ¿Podemos decir, por lo menos, tocante á lo que nos concierne, que comprendemos verdaderamente lo que nos falta, y á donde es necesario ir á buscar el único remedio para la situación presente?

De todo corazón quisiéramos poder contestar de afirmativa manera á esas dos preguntas. Mas, hablando con franqueza, tememos lastimar la verdad, respondiendo inmediatamente que sí. Por eso queremos primeramente examinar minuciosamente la situación, para poder emitir acertado juicio acerca de ella.

Para lograrlo, haremos otras dos preguntas. ¿En dónde nos encontramos respecto del conocimiento de los males presentes y de los remedios que contra ellos tenemos que emplear? ¿Qué uso hacemos de tal conocimiento y de tales remedios?

Responderemos inmediatamente á la primera de tales preguntas, reservando la segunda para la conferencia siguiente.

**3. Aprecio de lo sobrenatural en los antiguos tiempos.**—¿Podemos afirmar que poseemos claro conocimiento del origen de nuestros males, y de los remedios que debemos llevarles? Es cosa que no nos atrevemos á confesar. Pues parécenos que nos hallamos sobrado dispuestos á mirarnos con cierta complacencia personal, á dar alabanzas á

(1) Bar., III, 10 y sig.

nuestro tiempo, y á oscurecer los tiempos pasados—buenos y malos—para colocarnos en más favorable luz.

No hablaremos detenidamente aquí de aquellos tiempos de fe, llamados la Edad Media. Si, como ocurre con frecuencia, danse acerca de ellos los más duros juicios, en nuestras propias esferas, no otorgaremos á esas críticas mayor importancia de la merecida. Tales apreciaciones son hijas del desconocimiento de la realidad, y de los esfuerzos para ganarse los favores de nuestro tiempo, igualmente que para lograr reputación de personas libres de todo prejuicio.

La única desgracia que en eso haya, es que ese severo juicio toca, no á la vida, sino á la fe de nuestros padres. Éstos, es verdad, cometieron numerosas faltas; pero también nosotros nos confesamos culpables. Con sólo eso basta para impedir á todo hombre honrado el condenarlos por tal motivo.

Mas no todos proceden de igual manera. Precisamente porque cometieron faltas, censúrase muy severamente su manera de considerar la vida, y el espíritu que—dicen—fué causa de los males de aquellos tiempos. Pues bien, no solamente hay en ello grosera mentira y flagrante injusticia; hay también, para decirlo sin rodeos, grave ataque, hasta verdadera blasfemia, contra la fe en lo sobrenatural mismo.

Lléganse á presentar de tal suerte las cosas, que parece que las faltas de que la Edad Media se hizo culpable tocante á la vida, fueron natural consecuencia de sus tendencias intelectuales. Acúsasela de haber orientado su pensamiento solamente en sentido de lo sobrenatural, y, por lo tanto, de haber descuidado sus deberes terrenos.

Pero si nos mostramos severos con las faltas de nuestros padres, creo que no llevaremos la hipocresía hasta disculparnos á nosotros mismos. ¿De dónde proceden, pues, nuestros defectos, que en nada ceden á los de la Edad Media? ¿No sería más razonable el creer que los mismos efectos suponen las mismas causas? Pues bien, entre nosotros el mal no procede ciertamente de la excesiva estimación de



las cosas sobrenaturales. Entre la gente de la Edad Media, hubo también una causa por la cual no se les puede acusar, dada la debilidad de la naturaleza humana; y esa causa consiste en que, con frecuencia, en la práctica, fueron infieles á principios que apreciaban ellos en su cabeza y en su corazón,

Es muy de sentir. Mas la falta no recae sobre su fe, procede tan sólo del olvido en que la tuvieron durante su vida. Afortunadamente, su espíritu vuelto estaba hacia el lado de lo sobrenatural. Poseían interiormente la verdadera luz, que para ellos era el faro merced al cual podían orientarse desde que nuevamente se dirigían al puerto de salvación.

Nosotros, por el contrario, precipitámonos locamente en el mar agitado, y dejamos que se apague la luz encendida por Dios en nosotros, sólo con la criminal intención de poder alabarnos—si caemos en tinieblas desde el primer momento—de haber sido nuestros propios salvadores, con el pobre cabo de vela que habíamos tomado con nosotros en nuestro débil esquiñe.

**4. Consecuencias del desarrollo racionalista.**—De esta suerte, la mirada que dimos á la Edad Media, en vez de hacernos conocer la causa de nuestra miseria y los medios de suprimirla, no sirve más que para afirmarnos todavía más en nuestras ilusiones personales.

Puesto que así sucede, dirijámonos á un pasado menos lejano y al presente. Quizá seamos menos rebeldes á la verdad.

Préstase generalmente poca atención al período que se extiende inmediatamente antes de nosotros, y que se llama período del libre pensamiento. El necio orgullo de la razón abusó con tanta frecuencia de esa frase, que apenas es dado pronunciarla, sin que al punto se produzca una sonrisa de lástima. Y, sin embargo, ¿quién sabe si, al proceder de ese modo, no somos injustos con ella, en cuanto que de nosotros mismos se trata? En todo caso, más útil nos fuera, si en vez de mofarnos del racionalismo, nos pre-

guntásemos en qué consiste su falsedad, y por qué se hizo con tan justo motivo objeto de burla. Por lo menos, veríamos el escollo con que ha chocado, y podríamos tomar nuestras medidas para evitarlo.

Fácilmente dejámonos llevar á no conceder al racionalismo su justo valor, y á pasar sobre él como sobre un error fastidioso, del cual nada tenemos que temer actualmente. Pues bien, es cuestión de saber si debemos considerarle como si nos fuese por entero extraño. <sup>(1)</sup>

Ciertamente, es muy aburrido, cuando se registra una serie de obras publicadas en la época del racionalismo, el no hallar en ellas otra cosa más que suntuosas letanías acerca de la caridad y de la humanidad, acerca de la naturaleza santa, acerca de la buena madre naturaleza, tocante al libro de la naturaleza, al templo sublime de Dios, que es la naturaleza libre. El sueño hácese dueño de vosotros, cuando leéis esas frases que jamás varían, en las cuales trátase siempre de emancipación del pensamiento, de formarse conforme á la época, de sabiduría profana purificada, de moral práctica, de adoración pura de Dios, de religión pura, de Cristianismo puro, de doctrina de Jesús pura, de moral pura, de amor puro de la virtud, de ideas razonables, de ideas y sentimientos purificados, de manera de pensar más clara. Aparecen en ellas tantos amigos de la niñez, amigos de la probidad, amigos de la luz, amigos de la verdad, personas leales, bienhechores de la humanidad, que giran en torno vuestro como los moscardones en tarde estiva, que os dejan mareados. Casi es cosa de preguntarse en qué planeta se vive; de tal manera,—al decir de tales autores—hay en el mundo emancipación, amor, paz, exención de prejuicios y devoción sincera.

Mas no debemos prestar demasiada atención á esas exterioridades pueriles; necesario es penetrar más en ellas.

(1) El P. Felix, en sus Conferencias sobre «El progreso por medio del Cristianismo», traza hermoso estudio respecto del Racionalismo. Véase, sobre ese punto, la notable y copiosa obra del Abate Canet, «La libre Pensée Contemporaine»; y en sus relaciones con los dogmas, la «Apologetique», del Abate Cauly. —N. del T.



Desde que examinamos esta época, en lo que mira á su creencia tocante al origen y al fin de las cosas, al Dios omnipotente, vemos que se parece interiormente á la nuestra. Para ella, Dios no existe. La madre naturaleza, ó bien el cielo, son quienes le reemplazan. Á lo sumo, se habla todavía del arquitecto enteramente bueno que hizo el mundo, del padre universal, del administrador universal, del bienhechor universal, que no conoce mejor la cólera que el castigo, que únicamente sabe amar y olvidar.

Pero todavía es mayor tristeza, cuando preguntamos á los promovedores de tales principios: «¿Qué pensáis respecto á Jesucristo? ¿Creéis en Jesús, Hijo de Dios vivo, creado anteriormente á todos los tiempos, eterno?» Levántanse de hombros sin decir una palabra. El solo nombre de Jesucristo prodúceles mala impresión. No oímos hablar sino de Jesús de Nazaret, del sabio de Nazaret, del excelente maestro del pueblo, del maestro de los maestros, del educador y del pastor del pueblo, del hombre benéfico por excelencia, honrado, <sup>(1)</sup> que tempranamente adquirió ideas justas, y que, toda su vida, extendió tan clara y sana moral, que todo el mundo no pudo menos de amarle. <sup>(2)</sup>

El racionalismo posee, pues, numerosas frases humanitarias. Mas, en contra, guarda espantosas groserías. <sup>(3)</sup> Para él, las cosas sobrenaturales no son más que espantajos con los cuales se amedrenta á los pueblos infantiles y bárbaros. <sup>(4)</sup> No reconoce sacerdotes, sino únicamente ministros de la religión, maestros del pueblo, educadores de útiles servidores del Estado. Para esos hombres perfectamente ilustrados, la Eucaristía no es más que un alimento elevado de la religión, <sup>(5)</sup> y la religión misma no es más que una especie de freno en manos de los gobernantes.

(1) Brück, *Die rationalistischen Bestrebungen*, 3, 59.

(2) Wisser, *Predigten über weise Kindererziehung*, I, 163.

(3) Geismar, *Bibliothek der deutschen Aufklärer*, I, 84 y sig., V, 329, 341; *Triumph der Philosophie*, II, 48, 50.

(4) Geismar, V, 263.

(5) Werkmeister, apud Brück, 27.

La Iglesia es instrumento de policía. <sup>(1)</sup> El infierno aparece como cosa muy sencilla y no menos natural, es decir como abismo extraordinariamente profundo, á lo sumo como una tumba. <sup>(2)</sup> El reino de Satán tampoco causa terror alguno; los pecadores son aquellos que contradicen las doctrinas más importantes para la Iglesia y para el Estado. <sup>(3)</sup>

Desde el punto de vista en que se coloca la época presente, cuanto sirve para promover la piedad cristiana es dañoso.

La recepción del Dios de la Eucaristía, sin el cual no podría sostenerse la vida de la gracia, y, con mayor razón, desarrollarse; todas las devociones y fiestas de la Iglesia, que excitan nuevo celo en el pueblo cristiano; todos esos medios extraordinarios que el Espíritu de Dios inspiró á su Iglesia, para arrancar á las almas del pecado y moverlas á la perfección, misiones, retiros, peregrinaciones, indulgencias, todo eso es despreciado, burlado, como invenciones de ciego fanatismo.

En donde no es dado destruir ó profanar las iglesias, trátase de dejarlas vacías. Para sustraer á la palabra de Dios toda influencia sobre los corazones, obligóse al clero á que profanase el púlpito con sermones acerca del modo de cuidar los animales, acerca de la vacunación, y con lecturas de disposiciones gubernamentales acerca de la cría caballar y medidas sanitarias que debían tomarse. <sup>(4)</sup> La devoción á los misterios más dulces y profundos de la fe, víctima de los más violentos ataques. No podría repetirse en qué términos blasfematorios y groseros hizose mofa de la devoción al Sagrado Corazón. <sup>(5)</sup> Si de milagros se trataba, contentábanse con dibujar fina sonrisa, ó

(1) Sonnenfels, apud Brunner, *Mysterien der Aufklärung*, 56, 76; *Theologische Hofdienerschaft Joseph II*, 393.

(2) Brück, 5.

(3) Danzer, *Moral*, (2) II, 403.

(4) Brunner, *Mysterien*, 169, 347. Hohoff, *Revolution*, 87. Hurter, *Geburt und Wiedergeburt*, (2), I, 188 y sig.

(5) Brunner, *Theolog. Hofdienerschaft Joseph II*, 334; *Mysterien der Aufklärung*, 199, 452.



bien explicábaselos naturalmente, de tal suerte, que no se les podía considerar sino como ilusión de tonta sencillez.

En una palabra, todo estaba dispuesto con arte para alejar de la religión cristiana lo que es cristiano propiamente hablando, lo sobrenatural, y reducirla á un vacío y á una aridez dignos de la religión china. Parecía consagrada al desprecio y á la muerte. <sup>(1)</sup>

Por esta razón, el estudio del período del libre pensamiento, no podría recomendarse bastante á cuantos desean instruirse. Entresacar tal ó cual frase de los escritos de los racionalistas, para divertirnos con motivo de su estrecho espíritu y de sus ridiculeces, y lisonjearnos en seguida de que nos hallamos muy por encima de eso, no es cosa de gran utilidad. Pero quien desee ver en qué se convierte la religión, cuando no se toma en serio lo sobrenatural, así en la vida como en la fe, tiene, en esto, materia copiosa para pensar.

La historia de esta triste época dícenos claramente que no hay más disyuntiva que abrazar lo sobrenatural de todo corazón, ó perder hasta lo religioso natural mismo. No se da término medio. Hasta teólogos católicos que, en tal época, pisaban esa resbaladiza pendiente, viéronse finalmente en la necesidad de llegar al siguiente principio, que el fin del hombre no es Dios, ni la glorificación de las perfecciones divinas, sino que el hombre es para sí su beatitud, y el amor que á sí mismo se profesa, la virtud que lo resume todo. <sup>(2)</sup> De esta suerte, el último resto de las relaciones con Dios, si no la fe en Él, y, por lo tanto, la misma religión natural, hállase desterrado de la vida humana, y reemplazado por el egoísmo y la deificación personal.

Este es el único resultado natural á donde se llega cuando se daña á lo sobrenatural.

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 246-295.

(2) Brück, *Rational. Bestrebungen*, 49, 51. Brunner, *Hofdienerschaft Joseph II*, 372.

En consecuencia, el estudio formal del racionalismo lleva á las mismas conclusiones que una mirada que se dé á las antiguas épocas de fe, y quizá más directamente, porque nos enseña, por medio de ejemplos típicos, esta decisiva verdad, que es necesario permanecer unidos á la fe en lo sobrenatural. El mismo viejo Fichte dice de la época, de la cual todavía fué contemporáneo: «Más que ninguna otra, nuestra época necesita la verdadera religión. ¡Si tan sólo se le ocurriese esa idea! La vana y poco agradable charla racionalista tuvo tiempo para explicarse de todas maneras. Hízolo, y hémosle oído; y en ese punto, nada nuevo ni mejor se dirá que lo que ya se dijo: Cansados estamos de eso; sentimos su vacío y su completa nulidad, pues que, no obstante todos los esfuerzos desplegados á ese objeto, no es dado borrar por entero el sentimiento por lo que es eterno». <sup>(1)</sup>

**5. Los resultados obtenidos por el protestantismo moderno prueban en favor de lo sobrenatural.**—He aquí unas palabras que en verdad no son exageradas. ¡Si el mundo solamente las hubiese tomado á pechos! Pero desgraciadamente, mucho falta para que el racionalismo se hubiese aprovechado de sus propias faltas, ni de las ajenas. Apenas si sirve la historia para criticar el pasado. Estos sombríos tiempos del racionalismo han transcurrido, pues, en suma, sin utilidad alguna para el mundo situado fuera de la Iglesia.

Hoy, todavía, la situación en el seno del protestantismo es mucho más triste que en la época del más árido libre pensamiento. <sup>(2)</sup> El racionalismo que, en la hora presente, continúa reinando en toda su pujanza, ha caminado con frecuencia hacia la incredulidad completa, una veces embozadamente, otras con franqueza.

Un predicador de Berlín, Hossbach, hizo aparecer en 1879, tratando de las obligaciones de la *Asociación pro-*

(1) J. G. Fichte, *Grundzüge des gegenwärtigen Zeitalters*, 16 Vorlesungen (G. W. VII, 230).

(2) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 186-245.